

VALOR APOLOGETICO

DE LA VIDA

DE LA IGLESIA

José M. Rodríguez Izquierdo S. J.

SI examinamos el índice de cualquier libro de Apologetica de los más usuales, encontraremos muchos argumentos propuestos con el fin de mostrar cuán razonable es nuestra fe en Cristo y en la Iglesia Católica; pero pronto podremos advertir que tanto por la extensión como por el contenido queda muy en segundo término el hecho de la Iglesia como testimonio de la actuación de Dios en el mundo. Además de darse la preferencia a otros argumentos basados en el estudio histórico y filosófico de los Evangelios y de los hechos narrados en ellos, frecuentemente la única conclusión que deducen del hecho de la Iglesia es la verdad del Cristianismo en general, sin detenerse a considerar la luz que puede dar una visión completa de la Iglesia Católica para reconocerla como la única fundada por Jesucristo.

Por eso pretendemos en estas páginas destacar el puesto central que puede tener esta visión de la Iglesia en el camino del hombre hacia la fe y en el reconocimiento de la Iglesia Católica como la única auténtica entre las confesiones que se llaman cristianas.

Ventajas de este camino hacia la fe

Este camino hacia la fe es notablemente más ventajoso que otros que suelen proponerse; ante todo porque nos sitúa ante un hecho que, al menos en parte, podemos comprobar por nosotros mismos y que nos puede producir una profunda impresión, ya que todos somos testigos de la extensión y fuerza que tiene actualmente la Iglesia Católica, y sin grandes esfuerzos críticos podemos conocer las líneas más importantes de su Historia. Nos parece por tanto más de acuerdo con la naturaleza del hombre tomar como punto de partida lo más inmediato y conocido, y de ahí pasar a lo que nos es más lejano. Dicho con más brevedad, más fácil se nos hace el camino intelectual que lleva de la Iglesia a Cristo y a las Sagradas Escrituras que el inverso.

Esto lo vio ya S. Agustín y lo expresó con estas palabras: "Todavía no veían esto los discípulos: La Iglesia extendida por todo el mundo. Veían la cabeza (Cristo) y creían en el cuerpo (en la Iglesia). Por lo que veían creían en lo que no veían. Nosotros somos semejantes a ellos: Vemos algo que ellos no veían, y no vemos algo que ellos veían ¿Qué vemos que ellos no veían? La Iglesia extendida por todo el mundo. ¿Qué veían ellos y no vemos nosotros? A Cristo en figura humana. Como aquellos veían (a Cristo) y creían en su Cuerpo (la Iglesia): así nosotros, viendo el Cuerpo, creamos en la Cabeza (Cristo). A ellos les ayudó ver a Cristo para creer en la futura Iglesia; ayúdenos a nosotros ver a la Iglesia para creer que Cristo ha resucitado. Como se cumplió la fe de ellos, se cumple la nuestra. Cristo entero fue conocido por ellos y por nosotros, pero no fue visto entero por ellos ni por nosotros. Ellos vieron la Cabeza, creyeron en el Cuerpo; nosotros vemos el Cuerpo y creamos en la Cabeza (1).

También el cardenal DECHAMPS, uno de los más destacados entre los Padres del Concilio Vaticano I, trata de las ventajas de este método, al que llama "Método de la Providencia" por oposición al "Método de las clases". Parte de la base de que debe existir un método no técnico de encontrar la Verdad. Dios, dice, "no puede encerrarse en una biblioteca" (2), para estar a disposición solamente de los científicos y estudiosos. Es más, en muchos casos, los hombres de ciencia tampoco han llegado a la fe por vía estrictamente científica, como lo demuestra la historia de las conversiones. El mismo DECHAMPS tuvo un discípulo convertido del protestantismo no por largos estudios de las Escrituras, sino por la visión de la unidad, santidad y universalidad de la Iglesia Católica, como él mismo afirmaba (3).

La raíz está en que el hombre que se acerca a la fe no se satisface con monumentos escritos, que haya de someter a una despiadada crítica, sino con "una voz viva y paternal" (4), como lo es la de la Iglesia. Según esto, el hombre de la calle que vive más o menos al margen de la ciencia, necesita siquiera un punto de partida concreto e inmediato para funda-

(1) *Sermón* 116 c. 5 núm. 6 PL. 38.659-60.

(2) V. A. DECHAMPS *Obras completas* t. XVI pp. 192 y 397-98.

(3) R. KREMER *L'Apologétique du Cardinal Dechamps, ses sources et son influence au concile du Vatican* Rev. des Sc. Phil. et Théol. XIX (1930) pp. 689-690.

(4) DECHAMPS. *Obras completas* t. I p. 37.

mentar su fe; y el científico tampoco llegará a creer en la Iglesia por una vía estrictamente crítica, sino partiendo de algo concreto e inmediato que puede impresionar todo su ser, y no solamente su entendimiento.

El Concilio Vaticano I se preocupó de este punto en la Constitución dogmática "De fide catholica". En el capítulo 3.^o de esta Constitución se lee: "La Iglesia, por sí misma, por su admirable propagación, eximia santidad e inagotable fecundidad en todos los bienes, por su unidad católica e invicta estabilidad, es un grande y perpetuo motivo de credibilidad y un testimonio irrefutable de su divina misión. Por tanto, la misma Iglesia como señal levantada sobre las naciones no sólo invita a los que aún no han creído, sino que confirma a sus hijos en que la fe que profesan se apoya en un fundamento firmísimo" (5). Y en la anotación 19 al esquema correspondiente a este capítulo se afirma repetidamente que el hecho de la Iglesia reúne en sí todos los motivos que la Providencia de Dios ha ofrecido al hombre para hacer razonable su fe; y que el valor de este testimonio puede ser captado por toda clase de hombres(6).

El texto citado no sólo nos indica que el hecho de la Iglesia es un camino hacia la fe, sino que señala los aspectos de la vida de la Iglesia que pueden considerarse con más utilidad en este sentido: su propagación, santidad, fecundidad en todos los bienes, unidad católica y estabilidad. Consideraremos estos aspectos para ver a través de ellos cómo podemos tomar como fundamentos de nuestra fe la vida y la Historia de la Iglesia.

La propagación de la Iglesia

Una visión de conjunto de la Iglesia y de su Historia, la que tiene cualquier católico de cultura media, proporciona los elementos suficientes para ver que el desarrollo de esa Historia, tal como se ha dado, no puede explicarse por la mera acción de las causas naturales. En efecto, es un hecho, que no necesita demostración, que la Iglesia Católica ocupa una situación privilegiada en el mundo actual, pues tiene miembros en todas las naciones y de todas las culturas, mentalidades, razas y lenguas; lo cual no ocurre a ninguna religión no cristiana; y si comparamos su difusión con la de otras confesiones cristianas, encontramos que tanto en extensión geográfica como en número de miembros la supera ampliamente. Además, la Iglesia se nos presenta con una Historia que podemos conocer en sus rasgos más importantes sin necesidad de investigaciones largas y profundas. Pues bien, esa Historia nos habla ampliamente de persecuciones y dificultades de todo género que la Iglesia ha encontrado al irse extendiendo por el mundo, de tal manera que no hubiera sido posible esa difusión de la Iglesia sin la mano poderosa de Dios, cuya acción se manifiesta en todas las épocas de su historia.

Pero, aunque esto es verdad en toda la amplitud en que lo acabamos de afirmar, es particularmente interesante una mirada a la difusión de la Iglesia en sus tres primeros siglos, por las dificultades especiales que

(5) CONCILIO VATICANO I Sección III Const. «de Fide catholica» c. 3 Dz. núm. 1794

(6) CONCILIO VATICANO I Anotación 19 al primer esquema de la Constitución «de Fide catholica» Collectio Lacensis T. VII col. 532 c. 533 b.

tuvo para abrirse camino en el mundo pagano de entonces, y por las persecuciones que sufrió en esta época. Sin embargo, al estudiar estos primeros siglos, no lo hacemos con gran aparato crítico; sino, como hemos indicado, solamente con las grandes líneas de la Historia conocidas por cualquier cristiano de cultura media y que no necesitan para ser comprobadas largos estudios críticos.

Por obra de los mismos Apóstoles comenzó a propagarse ampliamente la Iglesia. Se bautizaron unos tres mil el mismo día de Pentecostés (Act. 2,41) y pronto comenzaron a darse numerosas conversiones entre judíos y gentiles. Las cartas de S. Pablo a tan variados destinatarios son un testimonio elocuente de la difusión geográfica que alcanzó la Iglesia ya desde el principio. S. Pedro escribe "a los elegidos extranjeros de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia" (I Petr. 1,1), y S. Juan en el Apocalipsis se dirige "a las siete iglesias de Asia" (Apoc 1,4 y 11).

De los siglos II y III poseemos abundantes testimonios de los progresos geográficos y numéricos hechos por el cristianismo. Como es totalmente imposible citarlos todos, traeremos sólo dos; pero advirtiendo que la abundancia de testimonios en este sentido es la máxima garantía de su verdad y autenticidad, ya que no es admisible que todos sean falsos aun en el caso de que no pueda comprobarse la autenticidad de cada uno de ellos. Los dos que citamos son de los que tienen mejor comprobada la autenticidad.

Plinio escribiendo al emperador Trajano alrededor del año 112 se expresa de este modo: "Muchos de toda edad, de toda condición y de uno y otro sexo son llamados a juicio y serán llamados más aún. Y la epidemia de esta superstición no sólo ha recorrido las ciudades, sino también los pueblos pequeños y los campos" (7). Notemos que este testimonio tiene el valor de no ser de un cristiano que se goce del avance de su religión, sino de un pagano que confiesa alarmado los progresos del cristianismo.

(7) Epistularum liber 10,96.

«...dirá alguno ¿qué es el pecado? ¿Es acaso un animal o un ángel o un demonio? ¿Cuál es su causa? Ciertamente no es un enemigo que te invade exteriormente, sino que es una mala semilla que nace en ti. Mira siempre con ojos rectos y te invadirá la pasión...»

(S. Cirilo de Jerusalén - Catequesis II n. 2-3)

Tertuliano a fines del siglo II escribe estas palabras: "Hemos llenado ya el mundo y todas vuestras cosas: las ciudades, las islas, los pueblos, los municipios, los conciliábulos, los mismos campamentos, las tribus, la decurias, el palacio, el senado, el foro; solamente os hemos dejado los templos". (8). Aunque claramente hay exageración en estas líneas escritas con gran ardor apologético, supone una propagación notable el hecho de que hubiera cristianos en todas las grandes ciudades del imperio, lo cual, según HERTLING, se daba ya en el siglo III (9).

El mismo HERTLING, en la obra que acabamos de citar, estudia los primeros siglos cristianos con una sana crítica poniendo especial cuidado en no admitir las leyendas que han corrido en otros tiempos idealizando desmedidamente todo lo referente a esta época. Según él, hay que desterrar las leyendas de conversiones en masa; en cada ciudad donde había cristianos sólo serían algunas familias convertidas por convicción, no por un entusiasmo pasajero (10). Por si algo puede ayudar el número de mártires para hacernos una idea de cuántos cristianos había en estos primeros siglos, diremos que HERTLING lo calcula en un número de seis cifras, pero hace notar que fueron más los que sufrieron otros perjuicios por su fe cristiana (encarcelamientos, torturas, destierros, confiscación de bienes etc.) (11).

El mero hecho de la propagación del Cristianismo contemplado en su conjunto nos admira y nos hace pensar en la imposibilidad de explicarlo por causas solamente naturales. Pero esta idea se confirma si tenemos en cuenta las circunstancias históricas en que se dio su propagación y las dificultades intrínsecas al Cristianismo para difundirse en el mundo de entonces. El Cristianismo procedía de Palestina, provincia romana de muy escasa significación política; y los judíos eran generalmente odiados en la mayor parte del imperio. Además, el Dios venerado por los cristianos era un judío condenado a morir en la cruz por la autoridad romana. ¿Qué prestigio podría tener todo esto en el imperio? Humanamente todas estas razones hubieran hecho caer en el más completo descrédito a todo lo que llevara el nombre cristiano. S. Agustín, en efecto, propone como un gran milagro el hecho de que todo el género humano se conmueva ante un judío crucificado (12).

Más aún, hay que tener en cuenta las dificultades dogmáticas y morales que llevaba consigo el Cristianismo para la gran mayoría de los hombres de entonces. ¿Cómo podían aceptar los misterios de la Trinidad. Encarnación etc. y, sobre todo, el misterio de la divinidad de ese judío crucificado fundador de la nueva religión? Y si tratamos de la moral cristiana, las dificultades eran mayores aún para quienes habían vivido según el impulso de sus pasiones, ya que sus exigencias en lo que respecta al amor del prójimo, especialmente de los enemigos, a la castidad, al desprecio de lo terreno y en otros muchos puntos contrarían algunas de las inclinaciones más poderosas y que con más frecuencia se dan en la naturaleza del hombre.

(8) *Apologeticum* 37 Cfr. ROUET de JOURNAL *Enchiridion Patristicum* núm. 279.

(9) L. HERTLING *Historia de la Iglesia*. Herder Barcelona 1961 Trad. de la 3.^a edición alemana p. 21.

(10) HERTLING o. c. pp. 22-23.

(11) HERTLING o. c. pp. 87-88.

(12) *De fide rerum quae non videntur* 4,7 PL 40,176.

Pero esta propagación ¿no se debió ante todo a la unidad del imperio romano y a la facilidad de comunicaciones que había en él? Ciertamente ellas facilitaron el conocimiento del Cristianismo, pero no disminuían las dificultades dogmáticas y morales para abrazarlo. Además ¿Por qué no se propagó en la misma proporción ninguna de las numerosas sectas filosóficas que florecían en aquellos siglos? Por otra parte hay que tener en cuenta que, si se facilitó la propagación del Cristianismo, también se facilitaron las persecuciones.

Pero si la propagación del Cristianismo no se explica, según decimos, sin una intervención sobrenatural de Dios ¿Por qué no atribuir también a una fuerza sobrenatural la propagación de otras religiones, como el Islam que en poco tiempo se extendió por varias naciones? No conviene olvidar que esta propagación tuvo lugar con métodos muy distintos de los que sirvieron para propagar el Cristianismo.

Por todo esto creo que teniendo en cuenta todas las circunstancias no puede ponerse en duda razonablemente que la propagación del Cristianismo especialmente en sus primeros siglos es un milagro moral ininteligible sin una intervención divina.

Sin embargo, no hemos tocado aún lo que podría llamarse “el punto débil” de la propagación del Cristianismo: la cantidad de hombres a quienes no ha llegado el mensaje cristiano y la minoría de cristianos y católicos que viven auténticamente su fe. Tenemos planteado aquí el tremendo problema de la acción de Dios y la cooperación de los hombres, que nos llevaría demasiado lejos, si lo tratásemos a fondo; sin embargo, más adelante veremos cómo estos defectos de la Iglesia no disminuyen el valor apolo-gético de su propagación y de los otros aspectos de su vida que considera el Concilio Vaticano I.

La unidad católica

En una visión del conjunto de la Iglesia a lo largo de su Historia lo primero que nos impresiona es la cohesión con que une en sí tal cantidad de hombres de pueblos y de culturas totalmente distintas. En esto se ha visto siempre y con toda razón un milagro moral que muestra a todas las generaciones la fuerza divina que influye en la vida de la Iglesia Católica. En la antigüedad S. Ireneo, Tertuliano y principalmente S. Agustín hablan con notable frecuencia de la unidad de la Iglesia “difundida por todo el mundo”. Como vimos antes, también el Concilio Vaticano I insiste en este aspecto. Actualmente, por citar sólo un ejemplo, JOURNET escribe estas palabras: “A la mirada de la sola razón, cuando se eleva al plano donde se descubren los valores espirituales del arte, de la moral y de la metafísica la unidad católica aparece... como un hecho esencial de una cualidad humana no solamente excepcional sino propiamente milagrosa que pone sobre la Iglesia el sello de la aprobación divina y garantiza el origen divino de su mensaje” (13).

El hecho a que nos referimos se puede formular en estos términos: La Iglesia Católica extendida por todo el mundo ha llegado moralmente

(13) CH. JOURNET *L'Eglise du Verbe Incarné*. Desclée de Brouwer Paris 1951 t. II p. 1257.

a todas las naciones y culturas, y tiene una unidad de doctrina, de jerarquía y de culto que no puede explicarse con medios puramente naturales; y lo ha mantenido a todo lo largo de su historia.

Esto nos lleva a concluir no sólo la verdad del Cristianismo, sino específicamente de la Iglesia Católica, ya que sólo en ella se da esta plena unidad. Bástenos recordar la enorme cantidad de sectas protestantes y las numerosas iglesias separadas orientales que gustan llamarse precisamente autocéfalas.

Para mostrar la fuerza divina que se oculta en esta "unidad católica" comencemos por recordar que todas las otras religiones o sectas no cristianas son nacionales, o a lo más están circunscritas a un cierto número de naciones de cultura muy semejante, como ocurre al Islam. También la unidad esencial de culto, como se da en la Iglesia, manifiesta su trascendencia divina; pues la historia de las religiones nos da que cuando el hombre quiere establecer sus relaciones con la divinidad, fácilmente cae en uno de estos dos extremos: o venera a un dios que no trasciende el mundo (panteísmo), o lo despoja de toda relación con el mundo material (maniqueísmo, deísmo etc.) Pero el hecho de que en todas partes y durante largos siglos dé a Dios un culto fundado en la mediación de Cristo Dios-Hombre, trascendente y encarnado a la vez, y que este culto sea aceptado por tal cantidad de hombres de todas mentalidades y culturas, nos parece que supera el poder del hombre más sabio dejado a sí mismo. La misma Historia de la Filosofía muestra que no ha habido quien haya logrado imponer su doctrina a gran cantidad de hombres de diversas culturas; tal vez el caso único sea el marxismo el cual puede fácilmente explicarse por medios naturales; pues es de todos conocida la facilidad con que se excitan las masas oprimidas y faltas de todo lo necesario para una vida digna de hombres, por medio de ideas como "la dictadura del proletariado" y la expropiación de los bienes de "los ricos" por parte del Estado. Ellos mismos no pretenden dar ninguna explicación trascendente de su doctrina.

Lo mismo podemos razonar con bastantes misterios de fe difíciles, por no decir imposibles de ser aceptados naturalmente por el hombre (Dios uno y trino, la presencia real de Cristo Dios y Hombre al mismo tiempo bajo apariencias de pan y vino; que, según todos los cálculos naturales, contienen auténtica sustancia de pan y vino; acción de Dios en el hombre en el orden sobrenatural hasta el punto de ser el hombre totalmente impotente para todo en ese orden, y exigencia de la cooperación humana hasta el punto de ser estéril toda la acción de Dios si se encuentra una voluntad rebelde ¿Es posible que muchos hombres y en circunstancias tan diversas hayan llegado a la convicción de estas verdades y a su aceptación vital por sí mismos o por la simple autoridad del primero que lo propusiera? ¿Cómo se explica que el éxito de éste, cualquiera que sea, haya aventajado tanto al de todos los demás pensadores de la humanidad?

Este razonamiento nos lleva a la verdad de la Iglesia Católica, ya que lo que mantienen de esto las demás confesiones cristianas lo tienen porque formaron parte de Aquélla; sin olvidar que muchas sectas protestantes han roto con el dogma católico en algunos puntos en los que más supera éste la inteligencia humana (Eucaristía, gracia y libertad etc.). No olvidemos

tampoco los errores de los nestorianos y monofisitas que, al romper la armonía divino-humana de Cristo, no pueden tenerle como Mediador al menos en el pleno sentido en que lo tiene la Iglesia Católica.

Creo oportuno decir también algo sobre la unidad de jerarquía. ¿No es un auténtico milagro moral que hombres de cultura, razas y lenguas tan diversas se unan en la obediencia a un hombre que se dice Vicario de Cristo? Ciertamente ninguna autoridad del mundo, a no ser por el terror y las armas, ha conseguido una obediencia y veneración tan plena.

No podemos dar por terminada la consideración de la Unidad católica de la Iglesia sin hacer una breve referencia a la profunda impresión que ha producido a los cristianos separados que asisten como observadores al Concilio Vaticano II. En comparación con las divisiones que se dan entre ellos no les parecen dignas de tenerse en cuenta las diferencias de mentalidad, de opiniones etc. que hay dentro de la Iglesia Católica.

Hasta aquí hemos contemplado la unidad católica de la Iglesia; es decir, que está extendida por todo el mundo y es la misma en todas partes en cuanto a la doctrina, la sumisión al Vicario de Cristo y el culto en sus líneas esenciales; caso único en las religiones y filosofías que han existido a lo largo de la Historia. Así el católico encuentra su Iglesia en cualquier parte del mundo con tales características que siempre le resultará conocida.

Estabilidad de la Iglesia

Una visión de conjunto a lo largo de la Historia nos muestra con claridad que no ha habido ningún imperio, dinastía o poder temporal de cualquier clase que haya logrado mantenerse estable largos siglos entre grandes dificultades. Solamente la Iglesia lleva veinte siglos y se mantiene estable a pesar de las grandes dificultades externas e internas de que siempre se ve rodeada.

Ya hemos visto las dificultades que encontró la Iglesia para propagarse en los tres primeros siglos. Estas dificultades no le han abandonado en el resto de su Historia. A las persecuciones romanas sucedieron las de los bárbaros, al menos en algunas naciones en que la Iglesia se había establecido con más solidez. Durante toda la Edad Media y principios de la Moderna los musulmanes fueron el azote o la amenaza continua de la cristiandad. En los siglos XVI y XVII los protestantes en sus múltiples facciones fueron un problema serio para la Iglesia; y desde entonces hasta hoy las persecu-

**Toma la cruz como el primero
e indisoluble fundamento de tu
fe y edifica sobre él todos los
demás dogmas.**

(S. Cirilo de Jerusalén - Catequesis XIII-37)

ciones tampoco han faltado. Baste recordar la Revolución francesa, las sociedades secretas y gobiernos sectarios del siglo XIX, y el nazismo y comunismo en el XX.

Esto no es sino un breve resumen de las principales fuerzas externas que han luchado en contra de la Iglesia, pero ¿han sido menores las dificultades internas que han representado para la Iglesia las herejías y cismas de todos los tiempos hasta el punto de parecer a veces que se desintegraba la misma unidad católica, como en el cisma bizantino y en la separación de los protestantes?

En la conservación de la Iglesia a través de todas estas vicisitudes aparece clara la intervención divina, pues sin medios humanos como los que han tenido la mayor parte de sus enemigos, sin armas ni elementos coactivos ha mantenido durante 20 siglos su unidad católica y se ha visto siempre obedecida por gran cantidad de hombres de muy diferentes civilizaciones, lo cual no ha conseguido ninguna otra potestad humana. Parece que entra en los planes providenciales de Dios que aparezca claramente cómo El sostiene a su Iglesia por encima de todas esas dificultades.

Santidad y fecundidad en todos los bienes

Estos dos aspectos se pueden considerar unidos, ya que la "fecundidad en todos los bienes" hay que referirla ante todo a los de orden moral, puesto que el fin de la Iglesia es la santificación de sus miembros; si esto se consigue, la Iglesia triunfa y es fecunda, aunque no hay que excluir lo que ha hecho la Iglesia por la humanidad en otros aspectos (contribución al desarrollo y extensión de la cultura, a promover la justicia social etc.).

La santidad de la Iglesia supera claramente las posibilidades naturales; son tremendas sus exigencias (amor a los enemigos, castidad, confesión de los propios pecados etc.), y gran cantidad de hombres se han sometido a ellas sin esperar provecho alguno temporal; es más, muchos previendo graves perjuicios y aún la misma muerte. Aunque muchas confesiones religiosas pueden contar entre sus miembros algunos que han dado su vida en testimonio de ellas, ninguna alcanza y todas quedan muy por debajo de la Iglesia Católica en el número y calidad de estos testigos o mártires. HERTLING cuenta con un número de seis cifras para los mártires de los tres primeros siglos cristianos (14). Si a esto añadimos los de todos los siglos posteriores, creo que el número de mártires católicos queda muy por encima del de cualquier otra religión. A los mártires hay que añadir los santos canonizados que no han sufrido martirio e innumerables católicos cuya vida es un testimonio indiscutible a favor de la Iglesia. Ciertamente no hay confesión religiosa ni ideología que pueda contar con tal número de hombres que la vivan hasta el heroísmo; de nuevo nos encontramos ante un hecho que las fuerzas naturales no bastan a explicar.

Grandeza y humillación de la Iglesia

Es posible que al leer estas páginas parezca a alguno que hemos dado una visión excesivamente gloriosa de la Iglesia y que hemos pasado por alto otros aspectos reales de ella que pueden debilitar nuestra afirmación principal de que la vida de la Iglesia manifiesta la acción poderosa de Dios en ella.

(14) HERTLING o. c. p. 87.

Hemos tratado de la propagación de la Iglesia sin decir que todavía hay gran cantidad de países de misión en que los católicos son una insignificante minoría, y que en los países de mayoría católica son muy pocos proporcionalmente los que vivan auténticamente su fe. Al tratar de la unidad católica no hemos dicho que son demasiado frecuentes las ocasiones en que nos tendríamos que avergonzar al recordar las palabras de Cristo: "En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amais unos a otros" (Jn. 13,35). Acerca de la estabilidad, faltaría poner de relieve la dificultad que plantean las numerosas defecciones de individuos e incluso de grupos numerosos que muchas veces ha tenido que lamentar la Iglesia; y finalmente, en lo que hemos dicho sobre la santidad de la Iglesia faltaría considerar que muchos católicos y aun algunos que por razón de su cargo tendrían especial obligación no han llenado ni llenan las exigencias que tiene la Iglesia sobre sus hijos.

La realidad de estos aspectos humillantes de la Iglesia no quita que sean igualmente reales los hechos en que nos hemos fundado para mostrar la imposibilidad de la vida de la Iglesia sin la acción sobrenatural de Dios. Lo que muestran estos otros aspectos humillantes es que la Iglesia está compuesta de hombres sujetos a toda clase de pecados, errores y miserias. En este sentido brilla más aún la fuerza divina que sostiene a la Iglesia, que sigue siendo una, santa, católica y perpetua a pesar de las flaquezas de muchos de sus miembros.

Conclusión

Todos los caminos nos llevan al mismo punto: La Iglesia en su Historia y en su actualidad es testimonio de una especial actuación de Dios en el mundo. A pesar de encontrar toda clase de dificultades en numerosas persecuciones e incluso en su doctrina y moral, se ha difundido por todas las naciones de la tierra. Su unidad a través de todas las naciones y épocas es un hecho que no puede menos de impresionar profundamente a todos; así como su estabilidad en todas las persecuciones y defecciones que ha tenido que sufrir. Si a esto añadimos la santidad que brilla en su doctrina y en gran cantidad de sus miembros, tendremos en la contemplación conjunta y sintética de todos estos elementos un argumento que nos hará ver con claridad más que suficiente la mano omnipotente de Dios actuando en la vida de la Iglesia; lo cual no aparecerá con la misma claridad si sólo consideramos aisladamente cada uno de estos aspectos.